

abundó; cuya herencia es santa, y su posteridad siempre fiel al testamento del Señor.

Si admirada el alma de la belleza encantadora de los Inocentes, se inclina con santo respeto delante de ellos, el ángel le dice (1): *Hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quòcumque ierit.*

En fin al admirar el hermosísimo y candorosísimo coro de santas Vírgenes: *O quam pulchra est casta generatio cum claritate* (2)! le dice la eterna Sabiduría: y oye que la Iglesia le canta á su divino esposo Jesus en loor de las santas Vírgenes (3):

*Quocumque tendis virgines  
Sequuntur, atque laudibus  
Post te canentes cursitant,  
Hymnosque dulces personant.*

Á tantas maravillas el corazon se inflama, el entendimiento no acierta á discurrir, y el alma como absorta, desfallece en medio de tan dulces emociones. Dejémosla reposar en santa paz y no la inquietemos en tan agradable ocupacion. *Adjuro vos* (nos dice el Espíritu santo hablando de la Esposa de los Cantares)... *ne suscitatis neque evigilare faciatis dilectam, quoad usque ipsa velit* (4).

Pero si es justo que dejemos á la esposa del Señor gozarse en tan inefables delicias, justo es tambien y necesario que durante nuestra mansion terrestre nos instruyamos de la divina economía de nuestra santa religion en todo lo que nos enseña venir del cielo ó conducirnos á él. Desde las primeras edades del mundo esta sábia y prudente ma-

(1) *Apoc. c. 14. v. 4.* (2) *Sap. c. 4. v. 1.*

(3) *De Com. virg. Hymn. ad Vesp.* (4) *Cant. c. 2. v. 7.*

dre nos ha enseñado que los santos son un presente que Dios nos hace para que nos sirvan de modelo en el mundo y de patrocinio en el cielo: *Indulsit enim eos Deus mundo,* (dice un doctor de la Iglesia) *ut in terris essent exemplo et in cælis patrocinio.* Modelos nuestros son los santos, y modelos tales que no solo nos sea dado admirar, sino imitar. Abogados nuestros, protectores nuestros son, y de tal suerte que si de buen corazon les pedimos y los invocamos, nos oyen é interceden por nosotros con mucho mayor interes que nosotros mismos, sin que les sea posible desentenderse de nuestras humildes plegarias. Y en esto se conoce cuán solícita, cuán prudente es nuestra madre la Iglesia al proponernos cada día el culto de un santo que nos inspire confianza con su patrocinio, y nos anime con su ejemplo: «de un santo que un tiempo fué nuestro compañero en la tierra: formado de la misma naturaleza que nosotros; teniendo contra sí los mismos enemigos y valiéndose contra ellos de las mismas armas que nosotros podemos y debemos emplear. Estos ejemplos y modelos vivientes á los ojos de la fe, animan nuestra fragilidad, sacuden nuestra pereza, hacen inexcusable nuestra cobardía y vanos nuestros pretextos. Porque viendo coronados en el cielo hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, reyes y vasallos, libres y esclavos, sabios é ignorantes, casados y vírgenes, eclesiásticos y seglares, de todo reino, de toda familia, de toda lengua, como nos dice el Apocalipsis, nos sirven de estímulo y son un testimonio perenne de lo que nosotros podemos si los imitamos; porque todos ellos han pasado por los mismos peligros que nosotros, y han tenido las mismas tentaciones que vencer.» (1)

(1) *Eucologio rom. Introd. p. xviii.*

Todos pues somos llamados **al** combate : el reino de los cielos sufre violencia, y solo lo **alcanzarán** los que se la hicieron : *regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (1). No será **coronado** sino el que legítimamente pelear : *non coronabitur nisi qui legitime certaverit* (2). Por otra parte un **mandato** el mas dulce nos ha sido impuesto por nuestro **amantísimo** Redentor : que seamos santos, nos dice, que seamos perfectos : *sancti estote, quoniam ego sanctus sum* (3). *Estote perfecti sicut Pater vester cœlestis perfectus est* (4). Bondad inefable de nuestro adorable Maestro, esto es aprisionarnos con grillos de oro y cadenas de amor. A vista de tanta bondad de un lado, de tanto premio por otro, y de tantos y tantos millares de santos, nuestros antiguos compañeros, que nos han precedido, la tibieza seria un crimen, la indiferencia una traicion, el menosprecio un horrible suicidio. La Iglesia es ese delicioso verjel plantado por la mano del divino amante Jesus para dicha de las almas con su sangre redimidas. Entre sus flores no faltan la rosa del amor, la azucena de la virginidad, ni el lirio de la pasion : todas bellas, todas fragantes á escoger nos las da el Jardinero divino. *Floribus ejus*, dice el santo Beda (5), *nec rosæ nec lilia desunt. Certent nunc singuli ut ad utrosque honores accipiant dignitatem, coronas vel de virginitate candidas, vel de passione purpureas. In cœlestibus castris pax et acies habent flores suos, quibus milites Christi coronantur.* En los celestes alcázares, en los augustos palacios del Señor Dios de los ejércitos, se distribuyen coronas para todos los fuertes : candidas en la paz, purpúreas en la pasion. Con tales laureles adorna

(1) *Matth. c. 11. v. 12.* (2) *II. Timoth. c. 2. v. 5.* (3) *Levit. c. 11. v. 44.*  
 (4) *Matth. c. 11. v. 48.* (5) *Beda. De Sanctis, serm. 18.*

Cristo las sienes de sus valerosos soldados : y el emperador se regocija con tan brillantes trofeos, que se ganan en los campos terrenales y se gozan en las mansiones del cielo.

Para animarnos á estos divinos combates la Iglesia ha celebrado con los mayores encomios las virtudes de sus héroes : los santos Padres nos ofrecen á cada paso repetidas homilias en honra de los santos mártires y confesores que de esta Jerusalem pasaron á la celestial. Esta piadosa é interesante práctica se ha continuado de siglo en siglo hasta nuestros dias, y se continuará hasta la consumacion de los tiempos, como el monumento mas augusto de la tradicion cristiana. Innumerables son los sermones y panegíricos que se han dado á luz en sola España, y son muchos los autores que han publicado ó escrito sermonarios y otros tratados de oratoria sagrada. En esta cuarta y última seccion de la *Biblioteca de Predicadores* se han reunido los principales sermones en elogio de los santos cuyos cultos son mas populares en España y en ambas Américas. En todo hemos consultado á la mayor honra y gloria de Dios y de sus santos, á la utilidad del clero español y americano, y al provecho de los fieles de ambos continentes.

Desde que se anunció la *Biblioteca de Predicadores*, hemos recibido de todos los puntos de América y de varios de sus ilustrísimos Prelados los testimonios mas satisfactorios, que insertarémos en breve al frente del primer tomo de esta coleccion. Entre tanto extractamos el párrafo siguiente de una carta que se dignó escribirnos el Ilmo. Señor arzobispo de Bogotá con fecha de 16 de abril de 1846.

Dice así : « No puedo ménos de manifestar á V. la satisfacción que me ha dado la lectura de la *Biblioteca de Predicadores*, en que advierto un plan bien concebido y desempeñado con tal acierto, que es en efecto la única colección de este género que reuna tanto y tan bien escogido, de manera que en mi humilde opinion es un curso completo de predicacion, cuya lectura debe completar el estudio de la elocuencia sagrada; siendo al mismo tiempo un rico depósito donde nunca faltará nada á los ministros de la palabra evangélica. Del todo desconocidos nos eran los sermones de González y Troncoso, que por primera vez han venido en la Biblioteca, y lo he celebrado mucho, porque la escasez de libros originales españoles, y la abundancia de los franceses, han corrompido no poco el gusto literario en nuestra América. » Testimonio tan grave y venido de tan alta dignidad, es la mejor recomendacion que pueda haberse hecho de esta obra.

Tratarémos de corresponder á la confianza que hemos merecido del clero americano, esforzándonos en mejorar en cuanto nos sea posible todas nuestras publicaciones religiosas.

## ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS SANTOS, SANTAS, ETC.

QUE COMPRENDE

LA SECCION DE PANEGÍRICOS.

(El número romano indica el tomo, y el arábigo la página en que principia el Sermon.)

### A

- Águeda. I. 81, 91.  
 Agustín. I. 98, 117, 134, 143.  
 Alfonso (Beato) Rodríguez. I. 136.  
 Ambrosio. VI. 393.  
 Ana. I. 172, 184, 193, 204.  
 Andrés. I. 215, 229, 250, 264.  
 Ángel de la Guarda. I. 1, 12.  
 Ángeles custodios. I. 1, 12.  
 Ánimas. I. 278, 285, 291, 296, 302.  
 Antolin. VI. 404.  
 Antonio Abad. I. 313, 333, 343, 351, 364.  
 Antonio de Padua. I. 378, 387, 400, 413, 425.  
 Apolonia. I. 439.  
 Arcángel. Véase *Gabriel, Miguel, Rafael*.  
 Atilano. VI. 412.  
 Augurio. Véase *Fructuoso*.

### B

- Bárbara. II. 1.  
 Bartolomé. II. 15, 24.  
 Basilica (Dedicacion de la) de S. Pedro y S. Pablo. V. 270.  
 Benito abad. II. 37, 48, 65.  
 Benito de Palermo. II. 77, 95.



Bernabé. II. 112.  
 Bernardo. II. 120, 129, 145.  
 Blas. II. 157, 168, 181.  
 Braulio, II. 189.  
 Buenaventura. II. 197.

**C**

Cárlos Borromeo. II. 217.  
 Catalina mártir. II. 231.  
 Catalina de Bolonia. II. 250.  
 Catalina de Sena. II. 264, 293.  
 Catalina (Beata) Tomas. II. 305.  
 Cátedra (Establecimiento de la) de san Pedro en Roma.  
 V. 259.  
 Cayetano. II. 319, 333.  
 Cecilio. II. 346, 352.  
 Celedonio. Véase *Emeterio*.  
 Clara. II. 360, 372.  
 Conmemoracion de los difuntos. II. 407, 431.  
 Cosme y Damian. II. 380.  
 Crispin y Crispiniano. II. 394.

**D**

Damian. Véase *Cosme*.  
 Dedicacion de la basílica de S. Pedro y san Pablo. V. 270.  
 Difuntos (Conmemoracion de los). II. 407, 431. Véase  
*Animas*.  
 Domingo de la Calzada. II. 492.  
 Domingo de Guzman. II. 443, 455.  
 Domingo de Guzman y Francisco de Asís. II. 466.  
 Domingo de Silos. VI. 422.

**E**

Eladio. III. 1.  
 Eloy. III. 9.  
 Emeterio y Celedonio. III. 19, 34.  
 Establecimiento de la cátedra de S. Pedro en Roma. V. 259.

Estéban. III. 43, 53, 71.  
 Eugenio. VI. 432.  
 Eulalia de Barcelona. III. 85.  
 Eulalia de Mérida. VI. 440.  
 Eulogio. Véase *Fructuoso*.

**F**

Felipe Neri. III. 107.  
 Felipe y Santiago. III. 122.  
 Félix de Cantalicio. III. 130.  
 Félix de Valois. III. 143.  
 Fermin. III. 163.  
 Fernando, rey de España. III. 171.  
 Filomena. III. 180, 189, 206.  
 Francisco de Asís. III. 215, 228, 240. Véase *Domingo*.  
 Francisco de Borja. VI. 450.  
 Francisco Javier. III. 257, 274.  
 Francisco de Paula. III. 289, 300.  
 Francisco de Sales. III. 309, 325.  
 Francisco Solano. III. 340.  
 Froilan. VI. 460.  
 Fructuoso. III. 368.  
 Frutos. VI. 468.  
 Fulgencio. III. 370.

**G**

Gaspar (Beato) de Bono. III. 378.  
 Genoveva. III. 391.  
 Gerónimo. III. 411, 424.  
 Gertrúdis. III. 435.  
 Gil. VI. 478.  
 Gregorio Magno. III. 448.

**H**

Ignacio de Loyola. III. 457, 472.  
 Ildefonso. III. 482. IV. 1.

Indalecio. IV. 11.  
 Ines. IV. 21.  
 Inocentes. IV. 66, 48.  
 Isidoro, arzobispo de Sevilla. IV. 57.  
 Isidro Labrador. IV. 66, 78, 91.

**J**

Joaquin. IV. 101, 113.  
 José. IV. 126, 136, 145.  
 Juan Bautista. IV. 153.  
 — — Su natividad. IV. 160, 167.  
 — — Su degollacion. IV. 174.  
 Juan Bautista de la Concepcion. IV. 181.  
 Juan Crisóstomo. IV. 197.  
 Juan de la Cruz. IV. 205.  
 Juan de Dios. IV. 232, 244.  
 Juan Evangelista. IV. 253, 266.  
 Juan de Mata. IV. 278.  
 Juan Nepomuceno. IV. 297, 314.  
 Juan de Sahagun. IV. 325.  
 Juana (Beata) de Aza. IV. 333.  
 Júdas Tadeo. IV. 348. Véase *Simon*.  
 Julian. IV. 361.  
 Justo y Pastor. IV. 369.

**L**

Leandro. IV. 378.  
 Lésmes. IV. 389.  
 Librada. IV. 400.  
 Lorenzo mártir. IV. 409, 427.  
 Lorenzo de Bríndis. IV. 434.  
 Lucía. IV. 448, 461.  
 Luis Gonzaga. IV. 475, 488.  
 Luis, rey de Francia. V. 1.

**M**

Márkos evangelista. V. 15.  
 María de la Cabeza. V. 25.

María Magdalena. V. 35, 44, 56.  
 María Salomé. V. 67.  
 Marina. V. 74.  
 Martin, obispo de Tours. V. 83.  
 Mateo apóstol. V. 97, 109.  
 Matías. V. 118, 134.  
 Millan. V. 141.

**N**

Nicolas de Bari. V. 151, 161.  
 Norberto. V. 177.

**P**

Pablo. V. 192, 207. Véase *Pedro apóstol*.  
 — Su conversion. V. 216.  
 Pastor. Véase *Justo*.  
 Pedro apóstol. V. 234, 242.  
 — Su cátedra en Roma. V. 259.  
 — Ad víncula. V. 284.  
 Pedro de Alcántara. V. 291.  
 Pedro, mártir de Verona. V. 305.  
 Pedro Nolasco. V. 321.  
 Pedro, obispo de Osma. V. 333.  
 Pedro Regalado. V. 341.  
 Petronio. V. 351.  
 Pio Quinto. V. 365.  
 Prudencio. V. 376.

**R**

Raimundo de Peñafort. V. 385.  
 Raimundo, abad de Fitero. V. 394.  
 Ramon Nonato. V. 405.  
 Rita de Casia. V. 414, 425.  
 Rogelio. V. 434.  
 Roque. V. 443, 453, 463.  
 Rosa de Viterbo. V. 476.

Rosalía. VI. 1.  
Rosendo. VI. 12.

## S

Santiago el Mayor. VI. 20, 28.  
Santiago el Menor. Véase *Felipe*.  
Santos (Todos). VI. 122, 134.  
Sebastian. VI. 41, 49.  
Segundo. VI. 58.  
Simon y Júdas. VI. 66.

## T

Tecla. VI. 75.  
Telmo. VI. 84.  
Teresa de Jesus. VI. 92, 103.  
Tesifonte. VI. 113.  
Todos los santos. VI. 122, 134.  
Tomas apóstol. VI. 144, 158.  
Tomas de Aquino. VI. 172, 199.  
Tomas de Cantorberi. VI. 225.  
Tomas de Villanueva. VI. 241, 251.  
Torcuato. VI. 258.  
Toribio, obispo de Astorga. VI. 273.  
Toribio de Mogrovejo. VI. 273, 283.

## V

Verónica de Juliani. VI. 292.  
Vicente Ferrer. VI. 305, 317.  
Vicente mártir. VI. 331, 344.  
Vicente de Paúl. VI. 353, 363, 372.

## Z

Zoilo. VI. 384.

## DISCURSO

PARA EL DIA

## DE LOS SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS.

(DE TRONCOSO.)

*Ecce ego mittam angelum meum qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum et audi vocem ejus.*

Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida.

*Éxodo, c. 23. v. 20 y 21.*

Hay hombres para quienes las cosas espirituales son enigmas de todo punto incomprensibles. Avezados á no creer sino aquello que los sentidos palpan; materializados, carnales y terrestres, juzgan ensueños y extravagancias de una imaginacion exaltada cuanto de mas respetable hay en nuestra santa Religion, porque no puede caber en el cálculo de sus extraviadas inteligencias. Entre las verdades que han sido en todos tiempos el objeto de los envenenados tiros del error, la existencia de los ángeles custodios no ha sido la que ménos enemigos ha tenido, especialmente en los siglos llamados filosóficos. Aún en el nuestro existen por desgracia no pocos de esos talentos funestos, que osan mirar con indiferencia y hasta con desprecio, una creencia que las sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y la tradicion de casi todos los pueblos vienen confirmando hasta nuestros dias de una manera incontestable. El protestantismo, que derribando por tierra las imágenes de los santos, pensó abolir su culto y abolir su veneracion, llevó tambien su sacrílega audacia hasta el coro de los celestiales espíritus, que rodean el trono del omnipotente Dios de cielos y tierra; y apurando el sofis-